

Octavio Paz y José Revueltas: dos repuestas al dilema política-literatura

Armando González Torres

El título del dossier, 'Las dos caras de México', es muy afortunado porque, en efecto, Octavio Paz y José Revueltas son dos rostros de México pero no tan antagonicos como se creería. Ambos enfrentan circunstancias y dilemas muy similares a los que tienen que dar una respuesta política y estética. Este texto busca abordar la manera en que estos dos grandes escritores se sumaron y, a la vez, subvirtieron la corriente hegemónica de la época, que propugnaba por una literatura realista, pedagógica y pragmática, que privilegiaba los temas sociales y la necesidad de forjar patria. Frente a la tendencia a hacer de la literatura un instrumento pedagógico, al servicio de las causas políticas correctas, ambos practicaron una literatura exigente, personal y con alta conciencia de su autonomía. Por supuesto, ambos deploran la satanizada noción del artista inmerso en la torre de marfil y buscan un arte significativo, que cambie al individuo y contribuya a la transformación social; sin embargo, con distintos matices y gradualidades, ambos cultivan una literatura crítica y perturbadora que en poco se adapta a las ortodoxias ideológicas a las que, en algún momento, son cercanos. El resultado es un tenso proceso de debate interno y externo que, con sus muy peculiares modalidades, ambos escritores protagonizan y que constituye una dramática representación de las tribulaciones del artista contemporáneo en torno a la naturaleza y las posibilidades de su actividad.

Tanto Paz como Revueltas pertenecen a una generación auténticamente llamada al cambio que se incorpora muy tempranamente a la actividad política e intelectual. Casi niño Revueltas va a dar a la cárcel, mientras que el adolescente Paz, sin dejar de participar activamente en manifestaciones políticas, es un precoz y hábil editor de revistas juveniles. Ciertamente, el joven Revueltas es, antes que nada, un activista, un apóstol de la Revolución y su vocación literaria, en un principio, está subordinada a esta misión casi religiosa. El material humano de su obra va surgiendo en la brega revolucionaria y constituye una desesperada asimilación de la miseria, la desigualdad, el abandono y el sufrimiento no solo social, sino moral, del proletariado y los desposeídos en México. Por su parte, Paz es un artista de raigambre romántica que quiere utilizar el arte como un instrumento de conocimiento visionario, susceptible de orientarlo en los tiempos de expectación y angustia, de gestación de la nueva sociedad. Vale la pena concentrarse en el camino que cada uno sigue para materializar sus tempranas vocaciones y aspiraciones.

En el caso de Paz, por ejemplo, su carrera y perfil en algún momento son típicos de los usos y costumbres intelectuales de su tiempo, es un joven compañero de ruta del comunismo al que solo le hace falta afiliarse formalmente, pero hay una tortuosa transición que le hace tomar decisiones difíciles y dolorosas que lo apartan de sus camaradas. ¿Cómo escapa a las determinaciones de su época? Porque ya sabemos que es un hombre inmerso en la vida pública tanto por vocación, su pertenencia a una familia prominente y politizada, como por circunstancias, su emergencia a la adolescencia en una de las décadas de mayor efervescencia social y política en el país. Lo cierto es que desde muy joven Paz hace política, edita revistas, milita en movimientos sociales. Es un joven militante furibundo de izquierda, aunque no es un doctrinario, y tiene una formación mucho más amplia y variada que sus correligionarios, así como una visión más compleja de la vida. Si bien Paz no es afiliado al comunismo, sí comparte muchos de los tics y prejuicios de la izquierda doctrinaria de su época, como su repudio a las vanguardias o la condena al denominado arte puro.¹

La experiencia en España es fundamental y ambivalente: es su clímax como escritor y como militante, su inmersión en la historia en vivo, al grado de que pretende integrarse a la lucha armada en el bando republicano; sin embargo, también es un momento de duda. Por ejemplo, el atestiguar la intolerancia contra quienes pensaban diferente, como es el caso del linchamiento de André Gide o la delirante experiencia de la persecución de su amigo Juan Bosch, constituyen episodios fundamentales en su gradual acto de conciencia contra el fanatismo. Acaso su toma de posición es balbuceante y tardía, y sus reflejos mucho más lentos de lo que él refiere. Por mencionar un ejemplo, Paz señala que después del pacto nazi-soviético, él se aleja de la izquierda ortodoxa; sin embargo, Rubén Medina rastrea y cita artículos de Paz en el periódico de línea estalinista *El Popular*, posteriores a esa fecha. Estas discrepancias con su propia biografía oficial no empañan la actitud de Paz contra el estalinismo, simplemente consignan una maduración mucho más difícil y conflictiva que lo que la propia memoria consigna.²

A su regreso a México Paz enfrenta una serie de disyuntivas políticas y vitales. ¿Que lo salva, en este ambiente asfixiante, de volver al redil de sus compañeros de ruta, o de convertirse en un fascista converso o un cínico desencantado que se aprovechara de las mieles del poder? Sin duda el exilio. Como es sabido, desde 1943 Paz sale a Estados Unidos, donde reside un par de años, y luego a Francia con estancias también en Japón y China. En realidad, fuera de una estancia de un par de años en México, Paz permanecerá casi tres décadas en el exterior. Las influencias en este largo y fructífero periplo son muy variadas y fecundas: en

¹ Para una sólida semblanza de la niñez de Paz, véase Sheridan (2004).

² Véase Medina (1999: 116).

Estados Unidos, por ejemplo, Paz conoce el socialismo liberal y comienza a entender que se puede ser de izquierda sin ser estalinista, y conoce también la poesía moderna en lengua inglesa, lo que le da profundidad y recursos a su propia poesía. En Francia las influencias son también amplias y van desde su reconciliación y asimilación fructífera del surrealismo hasta la influencia libertaria de Camus, pasando por antropólogos heterodoxos como Caillois y Bataille, tan importantes en la articulación de *El Laberinto de la soledad*, así como por el estructuralismo, un aditamento para la hechura de su poética, o la influencia de sus amigos los socialistas libertarios griegos. Por lo demás, Paz tiene experiencias que también desbordan la perspectiva centrada en Occidente y las etapas en Japón y, sobre todo, en la India, van a ser fundamentales en el enriquecimiento de su visión intelectual y de su cosmopolitismo, pues no es solo un intelectual europeizado, sino un individuo que busca entender las analogías y contradicciones entre Oriente y Occidente.

Lo cierto es que este afán omnívoro del joven Paz, esta curiosidad desbordante encuentran objeto y sustento en su trayectoria en el exterior y le permiten enriquecer, darle verdadera potencia a su mirada poética. En efecto, dentro de la flexibilidad del ensayo, Paz adopta un método de interpretación que, reivindicando su oficio originario de poeta, mezcla el argumento y la metáfora. Porque la historia, según Paz, responde a hechos concretos, pero también a raíces simbólicas intangibles y no fácilmente descifrables y, al devolverle su complejidad, analizando sus dimensiones fáctica y mítica, el artista-crítico justiprecia la realidad.

Si bien la defensa de la poesía como método de conocimiento que hace Paz resulta claramente una reminiscencia romántica y a veces degenera en un discurso hiperbólico, la mayoría de las ocasiones se prueba como un exitoso procedimiento que, combinando conceptos provenientes de distintas disciplinas, genera nuevas intuiciones. Su filiación poética no se traduce entonces en una mera jerga metafórica sino en un ejercicio simultáneo de investigación, reflexión e imaginación que busca reconciliar contrarios y superar diferencias, que busca iluminar el peso, a menudo indescifrado, del mito sobre la memoria y el juicio del hombre moderno.

Paz incursionó audaz y fructíferamente en múltiples campos del conocimiento con un apetito que le permitía ampliar geoméricamente su perspectiva del mundo; con un poder analógico para descubrir correspondencias insospechadas y con la suficiente ironía y sentido común para dudar de los absolutos. Con Paz se despliegan las mejores virtudes de un diletante, de un aficionado que goza con conectar conocimientos y aventurar intuiciones

novedosas. Estas cualidades, raras en nuestros tiempos y más en nuestras geografías, vuelven a Paz un auténtico fermento de la vida pública.

El enfrentamiento y la respuesta de José Revueltas a la literatura dirigida no es menos emocionante. En su magnífico libro *El pasado de una ilusión*, François Furet escribe una biografía y un obituario del marxismo.³ Se trata de una crónica de largo alcance que recorre las diversas mutaciones y regeneraciones ideológicas del marxismo a lo largo del siglo. Amén de su rigor historiográfico, lo que le brinda al volumen de Furet una intensidad dramática y una gran fuerza narrativa son los personajes que cruzan por sus páginas, esos seres de carne y hueso que depositan sus expectativas y emociones en la ideología y que enfrentan no pocos episodios de desgarramiento interior; esas historias personales de conversión y herejía; ese idilio difícil entre el credo y la conciencia individual. Aunque el libro de Furet se refiere básicamente a la experiencia europea, permite apreciar la historia de la militancia de izquierda en México bajo una perspectiva más amplia. En este sentido, al observar la dimensión personal de la historia ideológica de la centuria, es inevitable pensar en la figura de Revueltas y su conmovedor conflicto entre su integridad crítica y su ideario político, entre su profundidad y capacidad de revelación artística y las exigencias de pedagogía comestible que le hacían sus correligionarios.

En efecto, Revueltas también abreva de esa noción que, en todo el mundo, asumieron con ardor misionero algunos artistas, y según la cual el arte debía ser protagonista fundamental en la transformación social inminente. Este ideal orienta la obra de Revueltas, cuya narrativa emprende la búsqueda de un punto de confluencia entre ética y estética, que produzca un aguzamiento de la percepción moral, un salto en la conciencia del lector. Por supuesto, la búsqueda de Revueltas es mucho más compleja que la mera aplicación del realismo socialista: su clave estética y revolucionaria tiene que ver con la exploración de los extremos del dolor humano en esos personajes suyos que casi siempre practican oficios rudos, viven existencias macilentas, experimentan un añejo dolor físico y moral, y se adhieren a ideales absurdos que sólo los desesperados pueden abrazar. En el áspero lirismo que empapa la narrativa de Revueltas, es posible encontrar una indagación de las más diversas gradaciones de sufrimiento físico y moral; una habilidad casi morbosa para revelar el inframundo social, para descubrir las más sutiles motivaciones y reacciones psicológicas, y para internarse en los sentimientos de vergüenza, inadecuación, fatalidad y fragilidad de unos, en el heroísmo tosco y suicida de otros, o en la resignación vegetativa de los demás. Mediante una escritura a menudo peleada con la corrección y con la concisión, pero que ejerce una extraña maestría para conmover,

³ Véase Furet (1996).

incomodar o zaherir al lector, Revueltas evoca un asombroso catálogo de experiencias límite de opresión, humillación, crueldad, despersonalización o maldad gratuita. Revueltas crea un auténtico arte de la dolencia que, acaso como sugiere Evodio Escalante en su *José Revueltas, una literatura del lado moridor*, tiene un propósito subversivo y revolucionario, pues para Revueltas el sufrimiento que conduce hasta la despersonalización permite superar la conciencia individual con sus intereses estrechos y comenzar a actuar a través de la clase y de la sociedad.⁴ Revueltas entonces no retrata hombres comunes y corrientes, sino embriones de endemoniados, revolucionarios puros, susceptibles de, en algún momento, rebasar los límites del dogma y convertirse en unos místicos de la revolución. Así, el dolor en Revueltas tiene un significado oculto: es un dolor salutífero y visionario que tal vez en el largo plazo conduce a la liberación. Quizás a partir de esta concepción ultra-revolucionaria del dolor, alguna vez Revueltas llegó a cultivar una literatura deliberadamente tremendista; no obstante, su instinto artístico, esa persecución de una verdad peculiar que revela la escritura, resulta mucho más poderoso que el rígido código de su ideario político.

La acuciosa biografía de Revueltas *Los muros de la utopía*, escrita por Álvaro Ruiz Abreu, constituye un testimonio que contribuye a documentar este dilema.⁵ La relatoría vital de Revueltas que lleva a cabo Ruiz Abreu da cuenta de la tumultuosa carrera de aventuras y desaguados y, a la vez, explora con paciencia y mesura interpretativa su intrincada orografía espiritual. La narración de la vida de Revueltas se asemeja, más que a una novela de aprendizaje, a una tragedia. Así, la pronta orfandad y las penurias económicas familiares, la contigüidad sanguínea con el arte, el temprano deslumbramiento por el comunismo (es decir, la paradójica elección de una filosofía determinista por un ser libérrimo), la tortuosa relación con el alcohol, la turbulenta vida sentimental, las decepciones políticas y las experiencias carcelarias son, más que procesos formativos, etapas de un destino intransferible, episodios de una pasión que, a través de la vida y la escritura, ambicionaba reivindicar el sufrimiento de todos los hombres. La inestabilidad familiar de Revueltas, su desprecio por el dinero, su vida nómada no son, pues, rasgos aleatorios, sino atributos que dan forma a una concepción delirantemente altruista de la existencia, que rechaza las estabilidades mundanas y se consagra a la interrogación moral, a la búsqueda desesperada de la salvación personal y colectiva. La empresa de Revueltas, como lo han señalado sus críticos más notables, es de índole religiosa y su desgarramiento se debe a que se hizo preguntas que su credo no podía contestar y lo conducen a él mismo o a sus personajes a una experimentación moral en los abismos. He aquí una esquemática reconstrucción de su drama: Revueltas busca un bálsamo a su vacío

⁴ Véase Escalante (2014).

⁵ Véase Ruiz Abreu (2014).

existencial y se liga a un padre generoso, el Partido Comunista; empero, el demonio de la inteligencia, el ángel de la misericordia que habitan al escritor, lo vuelven un apóstol imperfecto; Revueltas duda y examina, imagina y comprende vestigios de realidad alejados de la doctrina; es rechazado entonces por ese padre incorruptible, se siente perdido, hace un examen de conciencia, reniega de sí mismo y de su obra (no se pierdan de vista los paralelos con el drama de otras figuras, como Sartre y Lukács); vuelve a la iglesia, pero vuelve a blasfemar y a ser expulsado; predica entonces entre los jóvenes, encuentra una nueva capacidad de comunión, los acompaña en su sacrificio, expía sus culpas en el infierno de la cárcel, sale redimido, muere de una manera casi beatífica, con algo de alcohol en las venas.

El sepelio de José Revueltas, en abril de 1976, es muy representativo del papel que había adquirido para una generación. En las notas periodísticas del suceso se registra el clima de admiración, fervor y hasta jovialidad que se respira, se da cuenta de los empujones, las porras y consignas que compiten y del abucheo al enviado oficial. Ciertamente, era un día de tristeza pero también de júbilo porque se iba el camarada, pero se instalaba el símbolo. Por eso, se valía emocionarse hasta las lágrimas, animarse con un poco de alcohol, gritar desaforadamente y cantar la Internacional. En los años 70, la vida turbulenta, el martirologio militante y la obra de Revueltas formaron una combinación seductora para una juventud hechizada con los símbolos revolucionarios, azorada por el desenlace de los diversos 68s, y desgarrada entre la idea del cambio gradual y la insurrección violenta. Para muchos de estos aspirantes a héroes, Revueltas era el rebelde perpetuo que había sufrido la persecución lo mismo de los gobiernos que de los partidos. Los libros de Revueltas se leían en los círculos de estudio y se portaban como signo de identidad, entre más anotados y maltratados mejor, pues Revueltas no era un autor aséptico y burgués, sino el artista bohemio, el santo bebedor que había hecho una literatura de los abismos aderezada con su propia sangre.

Es natural que hoy el carisma militante que tantos admiradores le ganó a Revueltas en la etapa final de su existencia haya mermado, y eso es bueno para su lectura, pues la canonización política de Revueltas hacía poca justicia a una figura caracterizada por los más dolorosos dilemas y contradicciones. Acaso esta clave del dolor ilumine la propia biografía de Revueltas, marcada por un ánimo de erogación que no espera reciprocidad, por un espíritu de martirio que no duda en poner en último término su estabilidad, su familia y todos los signos de identidad habituales. Al parecer, la comodidad incomoda a Revueltas: por eso elige la militancia heroica que lo lleva repetidamente a la cárcel, por eso busca la comunión, la exultación y la identificación con los desposeídos mediante la vagancia interminable o la experiencia de la embriaguez, el hambre y la pobreza. Resulta, pues, una analogía curiosa que

este escritor, fervoroso lector infantil de las vidas de santos, haya muerto en una fecha sacra, después de un vía crucis marcado por todos los dolorosos dilemas que aquejan a quien confunde la religión con la política: el conflicto entre las normas de la doctrina y el fuero interno, entre el amor abstracto a la humanidad y los afectos filiales más inmediatos, entre la justicia con mayúsculas y la compasión a secas.

Bibliografía

ESCALANTE, Evodio (2014): *Una literatura del lado moridor*. México: Fondo de Cultura Económica.

FURET, François (1996): *El pasado de una ilusión*. México: Fondo de Cultura Económica.

MEDINA, Rubén (1999): *Autor, autoridad y autorización: Escritura y poética de Octavio Paz*. México: El Colegio de México.

RUIZ ABREU, Álvaro (2014): *Los muros de la utopía*. México: Cal y Arena.

SHERIDAN, Guillermo (2004): *Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz*. México: Era.